

La degradación de la Otridad y su relación con el fenómeno literario: Desde el esencialismo hasta las actuales visiones de frontera

Jesús Eduardo Morales Hernández
University of Texas at El Paso

La revisión de la literatura nos enfrenta con una dimensión social desde el momento en que la práctica apela al hombre como origen y destino. La literatura es en sí fenómeno comunal, y representativo de muchos de nuestros aciertos como humanidad y a la vez de muchos de nuestros vicios. De tal forma, el análisis de los hechos literarios no debe alejarse de las temáticas de actualidad que preocupan al desenvolvimiento social. Principal tema entre tales es la postura colonialista de algunas culturas con respecto a otras, actitud derivada de la estratificación mundial según el poder capital. El colonialismo es ejercicio provocado por la ilusión de superioridad y no se remite a naciones enteras, sino a entidades que pueden relacionarse con la raza, el estatus quo o con las minorías. Resulta interesante para el análisis literario determinar cómo esta conducta se cuela en el quehacer creativo y en las diversas manifestaciones culturales.

Desde 1978 Edwar Said, teórico de origen palestino, con su libro *Orientalism*, criticaba el modelo colonialista y sus nocivas repercusiones en el sistema literario. Said recurría al muestreo de la vías de relegación de parte del mundo occidental para con las culturas orientales y el consecuente encasillamiento de estas en cuadros esencialistas. Y aun cuando su postura obtuvo eco entre la crítica literaria, el tema de mirar a quienes no pertenecen al grupo de “colonialistas”, parece prolongarse hasta la actualidad. Así lo demuestran voces como la de bell hooks, analista americana quien en 1992 publica su ensayo “Devorar al otro: Deseo y resistencia”, donde la autora dilucida sobre una nueva forma de dominio colonialista: la exotización del Otro. En definitiva, la temática de dominio sobre las “minorías” muestra como estos sufren de un estigma clasificatorio de lo más arbitrario. Siendo pues una realidad inclusive en nuestros días, nos propondremos en la presente a comparar las posturas de Edwar Said y bell hooks, de manera que el cotejo nos ilustre sobre porqué –cómo y bajo qué motivos– se opera en la posmodernidad este dominio cultural y cuáles son sus consecuencias.

Aunque el trato de la Otridad como ente sometido al esencialismo ha sido materia de largas discusiones y diversos abordajes, la conciencia que dicho tema haya podido despertar a partir de manifestaciones artísticas y humanísticas no ha sido del todo señalado. Por lo cual, en el presente acercamiento, nos habremos de centrar también en cómo ha contribuido el fenómeno literario en la construcción de esa identidad pasiva del dominado a lo largo de varias expresiones en épocas diferentes. Objetivamente ter-

minaremos la búsqueda analizando un ejemplo de nueva propuesta literaria para el uso de la exotización como recurso retórico contrario a la alienación, en la novela corta *El Gran Preténder* de Luis Humberto Crosthwaite, autor sensible a la problemática fronteriza entre México y E.U.A. La frontera como espacio de condiciones *sui generis*, proyecta un muestreo sólido de cómo las características estereotípicas pueden ser trascendidas según la suma de voluntades de tiempo, cultura, violencia e identidad trastocada. Entre esa convergencia de hostilidades tanto epistemológicas como de realidad social, la obra literaria de Crosthwaite surge como una posibilidad novedosa y digna de una crítica puntual contra el establecimiento de acartonados perfiles.

Edwar Said y la crítica al esencialismo

Iniciando con el señalamiento de Said, las relaciones interculturales en el colonialismo se establecen a través del arcaísmo bilateral de dominado-dominante. La subordinación se establece según las características –principalmente de apuntalamiento económico o político– superiores de uno en comparación con otro. Luego de fundar los roles el dominante siente la curiosidad, o en su defecto la obligación de abordar a la cultura ajena, según su afán de “re-descubrimiento”. Una pregunta entonces válida sería: ¿qué se descubre, cuando en realidad son culturas de antemano bien fundadas? Tales sociedades, en realidad no necesitan la aportación del colonialista para definirse, pero se les termina convenciendo de tal necesidad. No es pues un descubrimiento, sino la reinterpretación de las características del otro, bajo el código del dominante. La actividad resulta entonces en una inocencia tan mal intencionada que mejor sería concebirla como ignorancia.

Sobre esa concepción del “descubrimiento”, Edmundo O’Gorman en su célebre texto *La*

idea del descubrimiento de América, postula que los historiadores peninsulares al describir las pericias, ambientes y eventualidades del “nuevo mundo” lo hacen desde las peculiaridades de la “novedad”. La novedad inquieta al colonizador y le empuja a realizar observaciones (74). Según O’Gorman, la emanación de opiniones en historiadores como Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Sumario de la natural historia*, no deja de tener una orientación política, pues se construye la imagen de América a través de un lenguaje europeo usado para definir lo local. De esta manera, la descripción de la “novedad”, conserva las tesis imperialistas, pues todo lo descrito se tiñe de subordinación (74). El supuesto “descubrimiento”, incluye en su significado que la auto-ridad (en este caso el europeo) valida con su llegada a la existencia de una América, hasta antes indefinida, oscura, y por tanto casi inexistente. La novedad de América (o del Otro), permite el análisis pero también la subordinación. América al ser descubierta por Colón, se convierte en una rama del tronco, una prolongación de la Europa misma, perdiendo un primer paso hacia su autonomía identitaria (9-18). Nace el signo de la cultura alterna como ese espacio “descubierto” y necesitado del superior para definirse.

En consonancia con O’Gorman, Edward Said observa cómo el colonialismo aborda a la cultura bajo dos vías, la “curiosidad” o la “obligación”; la primera como una reminiscencia del poder de exploración y la voracidad de conocimiento, “el superior tiene derecho a conocerlo todo”; la segunda más emparentada con la “culpa” y la reacción acelerada de concebir a los Otros como víctimas (Araujo y Delgado 574). Haciendo eco de las aseveraciones de Said, Walter D. Mignolo, acepta también como las dilucidaciones sociológicas teóricas y académicas sobre otras culturas, muchas veces esbozan una tendencia dominante a través del discurso (Mi-

gnolo 37). En el caso de América Latina, Mignolo admite cómo se ha venido generando una posición arbitraria de parte del colonialismo, sobre todo a partir del siglo XX, pues “la mirada desde el norte convierte a América Latina en un área para ser estudiada, más que un espacio donde se produce pensamiento crítico” (39). Siguen prolongándose los encasillamientos.

Regresando a la teoría de Said, los resultados de ambos acercamientos antes mencionados, concluyen en una amplia diferenciación del Otro, la cual se acentúa mediante los siguientes mecanismos:

Considerando desde un principio al objeto de estudio como uno etiquetado con la marca de alteridad: este objeto de estudio deberá ser pasivo, carente de autonomía o de sentido de la propia soberanía; sujeto a la posesión, comprensión, definición y acción de otros.

La generalización: esta concepción se manifiesta a través de una tipología etnicista por caracteres y pronto se transforma en racismo o discriminación. (Araujo y Delgado 575)

La primera ya la hemos referido, y predispone al objeto a un estatus diferenciado, mismo que le es complicadísimo de superar y a partir de tal se edifican los paradigmas. El segundo repercute en la concepción comunal de manera más inmediata, pues su carácter tipológico utiliza la sencillez de la descripción básica para generar una idea masificada. A este burdo dibujo del otro es a lo que llamaremos “esencialización”. Ejemplos de esto son los propuestos por Said al citar a Schlegel:

Schlegel nunca habla del Oriente contemporáneo y vivo. En 1800, cuando dijo, <En Oriente se encuentra el más elevado Romanticismo>, se refería al Oriente de Sakuntala, del Zend- Avesta y de los Upanishad. De los semitas, cuya lengua era aglutinante, poco estética y mecánica, Schlegel opinaba que resultaban diferentes, inferiores y atrasados.

(577)

Llama la atención el tremendo ímpetu de generalización aplicado por Schlegel. Primero a partir de su valoración de los textos litúrgicos, Oriente entero se considera como el más elevado puerto romántico. La aseveración sirve para ilustrar como la generalización parte de un elemento particular para luego extenderlo con propiedades amplísimas. No deja de ser sorprendente que dicha asimilación solo se proponga a partir de un empirismo libertino, sin ninguna comprobación epistemológica. Adicionalmente la segunda afirmación de Schlegel acerca de los orientales “inferiores y atrasados”, comprueba el funcionamiento de relación entre premisa e idea tomada por verdad: El lenguaje de los orientales es poco estético, por tanto, son inferiores. La conexión lógica parece difusa, aunque poco importa si al final de cuentas ya la idea se establece con certeza inamovible. Precisamente en eso aterriza el esencialismo, en colgar de simplistas características, toda la “identidad” (mejor: “imagen de identidad”) del otro.

Aunque la tesis defensiva de Said se enfoca en el tratamiento que Occidente ha hecho de Oriente, la revelación del gobierno colonialista es aplicable a toda cultura sometida por las tendencias imperialistas. Un ejemplo histórico literario podría ser más puntual para mostrar cuáles dispositivos se utilizan para lograr la esencialización del Otro, y para ello utilizaremos líneas extraídas del texto *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo:

y venían estos indios vestidos con unas jaquetas de algodón y cubiertas sus vergüenzas con unas mantas angostas, que entre ellos llaman mastates y tuvimoslos por hombres más de razón que a los indios de Cuba, porque andaban los de Cuba con sus vergüenzas de fuera. (Díaz 11-12)

En el anterior párrafo queda manifiesta la

concepción de la autoridad cultural resaltando precisamente la diferencia. La figura del español siente para sí la suficiente potestad como para juzgar las costumbres del indio, el inferior. La valoración es tan graciosa como injusta, pues se emparenta al vestido con una capacidad intelectual. La razón es más que obvia, los que cubrían sus “vergüenzas” son más parecidos al colonialista, y por tanto hombres con cierta razón, aunque claro, nunca a la altura del conquistador.

El gran riesgo de toda la propuesta colonialista, y el grado tan masivo que alcanzan todas estas concepciones (que dicho sea de paso no se remiten solo a la literatura sino a medios de información mucho más populares), es la generación de esa nube empírica, nunca más alejada de la realidad. En privado, la audiencia tiende –por más que el crítico literario advierte sobre cómo asimilar el hecho literario– a adoptar una actitud textual frente a la obra. El mismo Said acuña el término de “actitud textual” como un comportamiento destructivo, el cual incorpora una interpretación *Ad pedem litterae*, la cual orilla a una aceptación sin prudencia, sin duda ni reflexión. La problemática se genera cuando este tipo de textos orientados a describir culturas ajenas, tienen un público deseoso de encontrar en ellos el conocimiento de lo hasta entonces “extraño”; son pues, fuentes informativas. Es por ello que Said advierte que ese tipo de textos además de generar “conocimientos”, también terminan por generar la misma realidad que pretenden escribir (Araujo y Delgado 571). Lamentablemente esa “realidad” –concebida y no natural– terminará marcado la manera en que se relacionarán el “yo” y el “otro”.

Sarah Pollack, profesora de City University of New York, comenta en su artículo “Latin America Translated (Again): Roberto Bolaño’s *The Savage Detectives* in the United States”, sobre la recepción del Boom latinoamericano en

Estados Unidos luego de ser traducido al inglés:

As a result, U.S. readers equipped with almost no critical knowledge about the region’s culture and history, much less its literature, approached the novel’s Macondo as a mini Latin America to consume and interpret. Instead of being viewed as an allegory of universal human experience, the remote and exotic setting, fantastic characters, and magical and violent occurrences came to symbolize what was quintessentially “Latin”: a world of “solitude” far removed from U.S. or European experience... (Pollack 350).

A través de una interpretación esencialista, se empata a Latinoamérica en general como la tierra mágica y exótica lista para ser abordada por el sediento colonialista, desde el momento en que a este le atrae por ser diferente a su cotidianidad. La recepción estadounidense genera su propia realidad al posicionarse ante el *Cien Años de soledad* de García Márquez con una actitud textual. La esencialización de la cultura latinoamericana se produce al encasillarla en la serie de particularidades dotadas por la narración ficción. Lo peor: la tarea esencialista termina por mermar tanto a la cultura como a la obra literaria, al momento de situarla como documento.

Por supuesto podemos llegar a una primera conclusión al demostrar cómo la nociva tarea esencialista debilita la construcción de individualidades y por ende premia la generalización, atacando en el proceso a todo el bagaje diverso y de amplia riqueza. Ahora bien, aunque hemos mencionado anteriormente en el ejemplo de Pollack un atisbo sobre otro método de control, hasta ahora hemos evitado ahondar en otro mecanismo colonialista de despojo cultural: la exotización

bell hooks y la crítica del exotismo

Luego de la revisión del colonialismo, y el

posterior surgimiento de los estudios poscoloniales, la teoría sociológica se enfrenta a los retos propuestos por la posmodernidad en la cual nos vemos envueltos. Sin embargo, la eterna cualidad mutable de la sopa contemporánea complica el establecimiento de una única ciencia social. La relativización de todo –o casi todo, si recordamos cómo la posmodernidad no admite absolutos– le regala a la ya compleja determinación de la identidad, la terrible condición del raquitismo. En ese panorama surgen los, nunca más actuales, problemas de la definición del “yo”. Lo anterior cobra importancia en nuestro tema, a la hora de recapitular sobre las entidades imperialistas y las entidades subordinadas. El habitante del país colonial parece tener la recia necesidad de voltear al Otro para completarse. Desde una interpretación social, es posible encontrarle fundamento a esa hambrienta tentativa desde la decepción vivir en la cima del progreso y soñar con la recuperación del momento primitivo donde la libertad parecía más fácil de disfrutar. Ahí, en ese instante visceral, brota la llamada “nostalgia” de lo perdido, ese pasado sin complicaciones. Esa añoranza (seguramente basada en imaginaciones de un estado que en realidad nunca se ha vivido, pero escuchado en boca del prójimo como fantástico para el desenvolvimiento personal) es otra forma de imaginación puramente ilusoria y exigente para el Otro. La “nostalgia” justifica el capricho. Sobre la llamada “nostalgia” habremos de regresar con ejemplos más concretos.

La propuesta de bell hooks, estudiosa de la problemática afroamericana en los Estados Unidos, también explica el desencanto de la sociedad pujante en su deteriorada cultura y el afán de apropiación de otras según un escape derivado de la búsqueda de placer. Aunque bien debemos pensar cómo el anhelo de ese placer, verá su desempeño obstaculizado por el mismo ordenamiento capitalista, quien situará sus reglas

como única manera para el cumplimiento del deseo. Efectivamente, nos referimos a que ese intento por alcanzar la tan deseada diferencia que “el otro goza por encima de mí”, se convierte en un nicho económico que muchos utilizan para la comercialización. En palabras de hooks:

La cultura de masas es la que declara públicamente y perpetúa la idea de que puede ser placentero reconocer y disfrutar las diferencias raciales. Convertir la Otredad en mercancía ha tenido mucho éxito porque se ofrece como un nuevo deleite, más intenso, y más satisfactorio que los modos comunes de hacer y sentir. (Araujo y Delgado 727)

Sería necesario determinar las causas del nacimiento de dicho mercado. Hooks se refiere a la aceptación mediática que la raza negra gozó en los noventas como una pantomima en la cual se focalizan, primero, una nueva forma de dominio –velada con máscara amistosa–, y segundo, un puerto de escape para la rutina de un capitalismo abrasador.

Acertadamente podemos proponer sendas razones como motivos del interés de parte del colonialismo para acercarse (consumir o estudiar) a cualquier cultura que de entrada le parezca interesante por su carácter exótico. Sobre la primera causa hooks expone:

El otro existe para cumplir los deseos del dominante. La apoderación del otro, además del placer, tiene que ver con la confirmación del dominio por parte del colonialista, mismo que al sufrir cierta crisis de identidad, necesita obligadamente completar su estatus de esa forma. Al afirmarse a sí mismos como sujetos transgresores, se convoca al otro para que sea participante y a la vez testigo de esa transformación. (731)

Sobre la segunda causa, el velo amistoso, justamente tendríamos que considerar como el exotismo no se considera a sí mismo discriminatorio, aunque termina por serlo. Sus intenciones se cubren con ambigua inocencia: hay una

actitud del interesado (siempre perteneciente a la cultura “superior”) de pretender no dominar al Otro, sino permitiendo que ese otro actúe sobre él. Se desea experimentar un radical cambio, y bajo ese ímpetu el curioso parece arrojarse sin recelo a las aportaciones del otro. Sin embargo, esa entrega es del todo ilusoria, pues la expectativa generada es de entrada tan esencialista que solo se está marcando una pauta cerradísima de interacción, confinándole al otro la tremenda etiqueta de “diferencia”. Se trata entonces de una mecánica operación donde el interesado solo busca apropiarse de los elementos del otro que le son convenientes para su desarrollo, su placer o reafirmación, pero nunca de aceptación de la otra cultura. Una transacción de índole utilitaria, nada más, que terminará contrariamente en una intensificación de la diferencia entre ambas partes.

Esa tendencia a la exotización empieza bajo el influjo de una relativa admiración de los valores propuestos por la Otrora cultura. Y terminará corrompiéndose en un ímpetu por someter lo ajeno a lo propio. Observemos el siguiente ejemplo extraído de las *Cartas de relación de la Conquista de México*, redactadas por Hernán Cortés y cuyo destinatario fuera Carlos V:

Terná esta ciudad de Yztapalapa doce o quince mill vecinos, la cual está en la costa de una laguna salada grande, la mitad dentro en el agua y la otra mitad en la tierra firme. Tiene el señor della unas casas nuevas que aún no están acabadas que son tan buenas como las mejores de España - digo, de grandes y bien labradas, así de obra de cantería como de carpintería y suelos y complementos para todo género de servicio de casa, excepto masonerías y otras cosas ricas que en España usan en las casas, acá no las tienen. Tienen muchos cuartos altos y bajos, jardines muy frescos de muchos árboles y flores olorosas, así mismo albercas

de agua dulce muy bien labradas con sus escaleras fasta lo fondo... De la otra parte del andén hacia la pared de la huerta va todo labrado de cañas con unas vergas, y detrás dellas todo de arboledas y de hierbas olorosas. Y de dentro del alberca hay mucho pescado y muchas aves así como lavancos y cercetas y otros géneros de aves de agua, y tantas que muchas veces casi cubren el agua. (Cortés 55)

En el fragmento se demuestra la emocionante elocuencia con la cual se describen las maravillas de Itztapalapa. Aunque el ejemplo data del siglo XVI, me parece de indudable actualidad sobre todo a la hora de recordar como acaba la historia de la conquista de México. En plano principal encontramos al colonialista quien desde su óptica no se detiene a enumerar cada elemento que a su gusto le es impresionante y deseable, aunque por su puesto no evita la comparación con su patria española. La admiración de la que hablamos es tangible, pero solo para terminar barrida en la irrespetuosidad del despojo. Ahí está el mundo ajeno, diferente y bello, virgen en las manos del conquistador. Es más atrayente no por la libertad que puede significar al “yo” extranjero, sino por la posibilidad de poseerlo.

En las culturas ajenas, dice hooks, el colonialista encuentra la promesa del placer inacabado en su propia cultura:

Es precisamente la añoranza por el placer lo que ha llevado al Occidente blanco a mantener una fantasía romántica de lo <primitivo> y la búsqueda concreta de un paraíso primitivo real, ya sea que su ubicación sea un país o un cuerpo, un continente oscuro o piel oscura, percibido como la encarnación perfecta de esa posibilidad. (Araujo y Delgado 735)

La oferta es demasiado apetecible como para no alcanzarse. De tal modo, que aunque el individuo ya no tiene la posibilidad del conquistador de ir y apropiarse mediante la violencia de los

objetos deseados, se inventa una nueva fórmula a partir de las usanzas mercantiles. Se comercia a voluntad con la cultura sin reparar en las afrentas. En el caso de la literatura latinoamericana, esa “fantasía romántica de los primitivo”, como lo llama hooks, lo encuentran algunos lectores en el Boom y el Realismo mágico, lo cual explicaría la traducción al inglés y el holgado éxito comercial de autores como Gabriel García Márquez. Sarah Pollack, repara en el específico caso del escritor chileno Roberto Bolaño y el triunfo de ventas de su novela *Los detectives salvajes*. Pollack atribuye el fenómeno a las siguientes cuestiones: “Thanks to Bolaño, U.S. readers can vicariously relive the best of the seventies, fascinated with the notion of a Latin America still latent with such possibilities” (361).

Por lo cual entendemos el paraíso desconocido se encuentra para el lector en esa latinoamérica de los años 70, irrepetible si no es por el texto. Mas también agrega Pollack, casi enseguida, al referirse a un capítulo específico de la novela e interpretado según los paradigmas americanos: “It is as if Bolaño were confirming what U.S. cultural norms tout as truth: it’s fine, even expected, to be rebellious and full of chutzpah at seventeen, but if you don’t grow up, get serious, and settle down, the results are often tragic or pathetic” (361).

La clave se encuentra entonces en la capacidad del autor para ofrecer al público un mundo exótico, diferente, pero que al final de cuentas no transgreda por completo al *modus vivendi* colonial. Es decir, se busca un placer sin compromisos, conforme al cual solo gana el dominante consumista, quien se retira pensando en el Otro, como un simple “diferente” al cual hay que visitar para obtener placer. Hallamos el más corrosivo principio de alienación: la fiesta que parecía incluir al Otro, le cierra la puerta en la cara. El Otro está fuera, está solo.

La pérdida

Hemos ya vislumbrado los alcances erosivos que tanto el esencialismo como exotismo emanan desde la postura colonialista. La discriminación se enerva luego de remarcar la diferencia entre el cazador y la presa. Sin embargo existe otro riesgo, inclusive de mayor negatividad, amenazando a las culturas colonizadas. Nos referimos a la situación generada cuando el sistema capitalista obliga a los marginados a participar de las mismas marcas a las cuales se les somete. El proceso es complejo y principia en la comercialización, un primer paso explicado de la siguiente manera por Giles Lipovestky:

El superventas no expresa el placer de perturbar, pone de manifiesto de una manera pura la pasión tranquila por las pequeñas diferencias sin desorden ni riesgo: el éxtasis del <cambio dentro de la continuidad>. Emoción instantánea ligada a la novedad reconocible, no forma de subversión. (Lipovetsky 233)

Efectivamente, como asegura Lipovetsky, el consumidor no se compromete, no se subordina a esa experiencia, ya que tal supondría su pérdida de estrado de colonizador. Él subordina, no se subordina.

Así pues, la banalidad del contacto asegura que la manifestación posterior de esa relación, la representación palpable (el dibujo estereotipado en la TV, el cine, el libro, etc.) sea igual de fútil. El dibujo esencialista o exótico minimiza la propuesta estética, política, ideológica, tradicional o artística de cada unidad simbólica en la cultura dominada, para volverla producto sencillo a la venta. Ahora bien, después de la degradación, el consecuente marketing se vierte tan voraz que se atreve a vender la imagen acartonada del Otro al Otro mismo, intentando convencer al pasivo de una identidad reinterpretada por el fuerte, pero irreal. Por su parte, hooks ejemplifica el acto en

los comportamientos del afroamericano posmoderno:

Cuando los jóvenes negros hablan con la retórica del nacionalismo negro de la década de 1960, visten telas Kente, medallones de oro, se esponjan el cabello y platican con los blancos con quienes se juntan, muestran cómo la comercialización sin sentido desnuda a estos signos de su integridad y significado político, negando la posibilidad de que pudieran servir como catalizadores para una acción política concreta. (Araujo y Delgado 743-744)

La significación transgresora que los elementos simbólicos pudieran haber tenido en el pasado, ahora se consideran requisitos indispensables para la conformación del estereotipo. El individuo marginal se encarcela sin darse cuenta. El negro siente la obligación de esponjarse el cabello porque así debe de ser. Lamentablemente cuando el enajenamiento llega a este paroxismo, la avalancha de concepciones negativas aparece potencializada. Las ilaciones mentales llegan a ser absurdas, extendidas y degradantes: todos los negros se esponjan el cabello, todos los negros usan un lenguaje diferente; y por ende: todo el que se esponja el cabello es negro, o quiere parecerlo, todo el que usa un "lenguaje negro", o es negro o quiere serlo. Errores inauditos.

Para la cultura marginada no es fácil someterse a este ambiente hostil. Cae en la tentación ilusoria de huir del hoyo hacia una participación más activa. El velo amistoso le mueve las ansias de expansión, y muchas veces el hecho de que su propuesta se masifique por la curiosidad despertada en el conquistador le supone beneficios temporales. La editorial de *The Savage Detectives* vende libros, el rap y el hip-hop tienen consumidores cautivos, la artesanía mexicana se exporta, la moda premia el *homiestyle*. El marginado cree ser aceptado. Luego se dará cuenta de que sigue solo, cuando la farandulera tendencia encuentre

algo más exótico aún.

Literatura e intento de rescate

Me gustaría concluir enfocándome en un ejemplo más concreto y atendiendo a un afán reivindicador de la literatura como exponente de las realidades humanas y no como partícipe del abrasivo colonialismo. Fue necesario antes indicar el procedimiento por el cual se corona y se desecha, con presteza relativa, a una cultura, para observar el esfuerzo creativo efectuado por un autor de la frontera como es Luis Humberto Crosthwaite.

Crosthwaite en su novela corta "El Gran Preténder" incluida en libro *Estrella de la Calle Sexta*, aborda el mundo de la tribu urbana conocida como "cholos", famosa en los años ochentas y noventas, y casi siempre volcada en idealizaciones negativas. El cholo es figura marginada en la valoración social, incompatible con el sistema, pero aún así observado. Nace como respuesta a una mezcla cultural y grita desprecio por los valores materialistas. Adapta la figura de su predecesor el "pachuco" a las condiciones de una modernidad hostil. Aunque por otro lado, sería necesario aclarar que lo anterior es solo un palomeo de características, y afirmar que todos los cholos son así, sería atentar contra la individualidad. Sin embargo, su reproducción como modelo, no evitó el ata que a su efigie extraña, mismo que promovió una publicidad ruidosa a su cultura, provocando acercamientos de todo tipo, incluyendo las investigaciones sociológicas imperialistas. El resultado, lo sabemos, no fue otro sino que labrar un estereotipo:

Cholos are homogeneous because of their poverty, their background, and their generational affinities, and also because of their collective identity based on the cultura they share as Mexicans. Some of the elements repeatedly found in *cholismo* are broken homes, lack of family understanding, and

loneliness. Their families are subject to profound transformations that create feelings of cultural shame: parents and children speaking different languages and conflicts arising from the processes of resocialization and of shaping a cultural meaning to give order to live. (Rodríguez y Vincent 93).

Las anteriores líneas de los investigadores Jaime Rodríguez y Kathryn Vincent de la Universidad de California, dejan manifiesto el apretado esencialismo al cual se le somete al cholo. Cuando mencionan “Los cholos son homogéneos”, hacen una categorización generalísima donde todos son iguales solo porque vienen de ambientes paupérrimos y familias disfuncionales. Sufren de vergüenza cultural, es decir indefinidos, lo cual resulta increíble se diga, porque aunque el cholo no se afianza en un nacionalismo, tiene muy en claro a donde pertenece y quien es. Es un miembro de un Barrio, y esa es su bandera. Pero, reflexionemos: ¿Qué tan diferente es la visión de Rodríguez con respecto a los cholos en comparación a la de Bernal Díaz con respecto a los indios? Seguimos en el tratado de conquistar mediante el esencialismo.

El cholo se establece, se le denomina y reconoce con respecto a los demás, se escucha el nombre categorizado de su cultura entre la gente. Sucede la propagación de la idea del cholo como el nuevo protector del territorio, con toda la mitificación de sus códigos de lealtad y violencia. En oposición, la sociedad acostumbrada a pautas sistemáticas lo emparenta con el maleante, el segregado rencoroso y por tanto temible. Para unos el cholo es toda maldad, para otros el cholo es un antihéroe incomprendido y noble. Y en ninguno de los casos es humano. Después, a pesar de su peyorativo concepto, logra asentarse con cierta aceptación mayormente entre la juventud. A finales de los noventa y principios de este nuevo siglo, ser cholo se banaliza hacia un sinónimo de rudeza, de ego, de moda

y fachada. En las ciudades fronterizas, el cholo adolescente, la nueva generación, solo consigue una burda imitación de la vestimenta, el lenguaje y el ademán, todos estos elementos crecidos en el gusto juvenil gracias a la comercialización del arquetipo, ahora ya vacío de ideología.

En este escenario de actualidad surge la propuesta de Luis Humberto Crosthwaite, quien en 1992 con *El Gran Preténder*, realiza una simulación del universo cholosco en aras de reivindicar el icono, no como una primicia inamovible –simple escultura–, sino como contendora de una humanidad hasta entonces desconocida. Sin embargo, el trabajo literario de Crosthwaite se tiñe con una irreverencia célebre al echar mano de los elementos retóricos de la mitificación y el exotismo, pero con una misión completamente contraria a la esperada por el esencialismo. El exotismo es escenario, como en todo mito, para el alcance de las potencias últimas del héroe. Existe un espacio diferente cierto, que aunque contribuye con la obstaculización de las tareas protagónicas y con el ritmo dramático, antes que nada se yuxtapone con las facetas humanas del protagonista. Este enfrentamiento férreo alcanza un contraste significativo entre la ilusoria estampa y el perfil sensible. Observemos algunos ejemplos de la descripción exótica del mundo del cholo:

- El Barrio es el Barrio, socio, y el Barrio se respeta. (Crosthwaite 81)
- La única neta es que el Saico era el bato más felón del Barrio. (82)
- La China: su esposa, su waifa, su jaina, su esquina. Su ruca, su morra... (89)
- te guaché: ahí tabas parado con tu clicla en el borlo de mi prima la Carlota, tus mejores tramos, tus mejores cacles, el chalequito, la loción. Olías re suaaave, mi Saico, tu greña brillante, muy acá, con tu piochita y tu mostacho crecido”. (90)

- En el Ford Galaxy los cholos andan tirando el rol. (124)

Cuadros costumbristas, representaciones de la oralidad, conceptos de introspectivo sentido a la tribu; sin duda, todos elementos auxiliares en la promulgación del espacio diferente, y atractivos al lector. Crosthwaite no niega la presencia de todos esos atisbos dentro de la cultura del cholo, pero los promueve para generar esa empatía primigenia que luego quebrará con la narración de pasajes de intimidad en las psiques de los personajes. Encontramos a un José Arnulfo cuya ausencia paterna, no le provoca su posterior agresividad, sino su melancolía severa. A un Pancho poeta, expulsado de toda tipología y capaz de rayar las mesas de los bares con la leyenda “puto el que no lea Trilce”. Una China quien carga con un pasado de migración, celosa y a la vez huraña, decaída desde el meloso cariño hasta el insulto a su esposo. Los arquetipos se superan con la construcción de perfiles complejos, evitando hermanarlos a una simple característica y fragmentándolos en varias aristas.

En adición el autor se dedica a ironizar el arquetipo del cholo malvado y el cholo heroico mediante la incorporación de una estructura narrativa que permite al lector sacar sus propias conclusiones. Los juicios éticos se atenúan en un examen vinculado con la visión del protagonista no como un asesino, aunque tampoco un paladín, sino como un protector de los propios códigos de justicia, mismos que el autor avienta a la crítica del receptor. El humano se balancea entre la virtud y la falla, Saico también, y con ello se destruye toda “diferencia” que pudiera relegarlo al plano de Otro. El ajeno, el primitivo cholo, no es tan dispar a nosotros desde el momento en que se acepta su humanidad. La idealización mítica –y a la vez primitiva- del cholo, se desintegra aun más con la tesis central del autor, quien se esfuerza por demostrar que esa faceta del agresivo

irredento no es otra cosa que una vil pretensión, de ahí el título de la obra. Son pues la figuración social y la hazaña, los mecanismos propuestos a la mitificación. Mientras que en oposición, como testigos omniscientes, somos regalados con un vistazo a los interiores del protagonista, de manera que atestigüemos los alcances humanos del individuo fronterizo. El análisis comparativo con la versión mítica, se vuelve entonces inescapable: el “Personaje Grand Pretender” en contraste con José Arnulfo. El primitivo cholo, no es tan dispar a cualquiera.

De tal manera, el exotismo que antes ejemplificamos, se cita solo como método de contraste entre lo que podríamos conocer del cholo y lo que hay más allá. Y funciona también para el reordenamiento metódico y narratológico de aquella “nostalgia” de la que refería hooks. ¿Qué pasa cuando el sometido tiene nostalgia de sí mismo y de la pérdida acaecida luego del robo del conquistador? En la argumento de la novela el cholo es víctima de represión y termina sucumbiendo ante tal. Su único amparo se desborda en una remembranza del pasado y en lirismo expreso de esa ideología moribunda. La expresión maneja un contenido tan nostálgico que apela a la empatía y a la comprensión del fenómeno como un ataque injusto. Los siguientes ejemplos así lo exhiben:

- Ya se acabó, comentan los morros... Nada es lo mismo... Se llevaron a culpables, a inocentes; [...] Por eso el Barrio ya no es Barrio. Por eso la raza ya no es la raza. (86)
- Nel, aquí ya no hay cholas. Hay unas que dicen ser cholas; pero nomás de la ropa pa fuera, tú sabes. (138)

Nos enfrentamos como interlocutores a un uso particular de la nostalgia cultural, bien engranada en el artificio literario y la cual termina por funcionar como elocuencia liberadora. Ese anhelo es crítico, una voz humanizada: reclama

y señala que la extrema voracidad del fuerte terminó por despojar de una identidad que desde el principio debió ser respetada. Invita a la reflexión perturbadora de que el colonialista se empeñó tanto en catalogar al Otro como diferente que le terminó por propinar su extinción. Nada más ilícito, si aceptamos que el Saico y compañía no eran en realidad tan diferentes a cualquiera.

Es pues Luis Humberto Crosthwaite un digno ejemplo de cómo la literatura desde su tratado humanístico no puede ser ajena a la problemática discriminativa. Sin caer en el burdo moralismo, la construcción narrativa no es propuesta de aceptación, ni de hermandad fámedica, pero sí una presentación de la realidad dispuesta al cuestionamiento de las relaciones identitarias y de nuestra participación en el anclaje de estatutos. La revisión de los medios de control social nunca sobra en un contexto acostumbrado a la relación multicultural como lo es la frontera.

Conclusión

A manera de recapitulación sería óptimo puntualizar en los conceptos manejados, exotismo y esencialismo, para dar luz sobre las semejanzas y discrepancias entre este par de caminos con un mismo destino.

Existe una característica notoria del esencialismo, la cual quizás ahora es más clara, y esa es su asentada autoproclamación de autoridad con respecto al Otro: esa, por así decirlo, disposición academista que lleva al ente activo a describir, analizar y desmembrar al Otro, pero siempre desde la perspectiva del imperial. Recapitulando los ejemplos de Bernal Díaz, Schlegelo Jaime Rodríguez, todos se amparan en una institución de autoridad –el poder político o académico– para plantear su obligación descriptiva. Pareciera se tratara de naturalistas efectuando una detallada taxonomía zoológica. Cierta ave tiene el pico largo para cumplir con condiciones ali-

menticias, así, ciertos orientales poseen retraso por tener una lengua gutural. En ese sentido, influenciados tremendamente por un academismo de altanero colonialismo, el Otro es un objeto de estudio y la investigación no es puente a la relación sino misiva informativa. Bernal Díaz informa, y su desdén no oculto da muestra de poco deseo de ser como el otro, sino antes bien que el Otro sea como yo. Por supuesto, la partida académica repercute, al ser el primer acercamiento de la sociedad para con lo ajeno, en todas las futuras concepciones de aquella cultura. Bien decía Said que el Orientalismo había marcado todos los conceptos que se tenían hasta entonces del oriente. Esa “información” difundida a través de la crónica, o del análisis sociológico, remarca la diferencia, pero lo enjaula como dato. Es importante para la humanidad saber que en algún lugar del mundo existe una especie de hombres denominados cholos, los cuales todos se visten igual porque viven en barrios pobres. El estricto sociólogo esencialista siente esa obligación de aportar (Y ahí sería necesario dilucidar sobre cuanto influye la idea académica y sociológica en todas las subsecuentes prácticas, comerciales, documentales, informativas y hasta artísticas). De antemano asumimos la secuela de ese aporte: la degradación de la cultura a un estereotipo y su final alienación.

Es también el exotismo un tipo de esencialismo. Liderado por el interés mercantil, el exotismo confunde al consumidor con la posibilidad de alcanzar un deseo de posesión, vehemente por su misma condición psicológica. Pero también se atreve a jugar con el anhelo de la libertad primitiva, la rebelión contra los códigos civilizados de conducta y vida, los cuales ya le son cárcel al individuo capitalista. Lo “salvaje” –mote irreal del Otro– parecer conducir al nido natural al cual pertenece el humano, por encima de los paradigmas. El deseo tiene que ver con la frus-

tración del desarrollo instintivo. Por lo cual, el exotismo se encarga de situar al Otro como mercancía, alcanzable mediante el poder monetario y ventana a la satisfacción del deseo trunco. La interacción entre culturas, según el exotismo, se basa únicamente en el placer del dominante. La estrategia publicitaria para señalar a una cultura como exótica, maquila la estantería de la diferencia. Lo único importante de la cultura ajena son sus rasgos diferenciales, y no los comunes con el “yo”. Precisamente esa barrera comunicativa, aunada al mando de emplear al Otro como capricho, consiguen el mismo efecto del esencialismo: la degradación de la cultura a un estereotipo y su final alienación. Lo cual no es sorprendente si admitimos al exotismo como una práctica derivada del esencialismo.

Ahora bien, el residuo de alienación, comprobado producto de ambos métodos de control, nos lleva a pensar en las funestas consecuencias de esa generalización tan agresiva. La pérdida cultural en aras de la mercantilización de la diferencia, termina por afectar hasta a los mismos promotores de ese mercado. La eterna concepción del mundo bajo los valores de activo y pasivo, cazador y presa, degrada a todos los participantes del macabro reto, pues al ser las posiciones inestables, nadie se puede afianzar un estrado de seguridad, convirtiendo a las relaciones humanas en una transacción violenta. Es imposible seguir pensando en atentar contra el Otro solo por tentaciones de dominio.

La problemática se vuelca tan compleja, y lamentablemente con ostentosa actualidad, que llega a suponer presiones de tal magnitud como la amenaza de extinción de culturas completas. Con merecido reconocimiento y tal como hemos observado, el fenómeno literario puede tomar para sí, la restructuración de los actantes comunicativos, para lanzar un reto reflexivo. Impulsar una crítica del tratado contemporáneo

del Otro (y hay miles de Otros), no solo cuestiona al colonialismo y sus normas, sino también invita a nosotros a ser descubridores de la similitud, antes que de la diferencia. Y así como nos preguntábamos hasta donde el academismo nos ha afectado en la idealización de las culturas ajenas, podamos inquirir hasta donde la literatura nos ha ayudado a recuperarnos de las falsas taxonomías.

Obras citadas

- Araujo, Nara y Teresa Delgado. *Textos de teoría y crítica literaria (Del formalismo a los estudios postcoloniales)*. México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana, 2003. Impreso.
- Cortés, Hernán. *Cartas de Relación de la conquista de México*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1970. Impreso.
- Crosthwaite, Luis Humberto. *Estrella de la Calle Sexta*. México, D.F.: Tusquets Editores, 2009. Impreso.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Barcelona: Editorial Planeta, 1992. Impreso.
- Lipovetsky, Giles. *El imperio de lo efímero: la moda y su destino en las sociedades modernas*. Barcelona: Ed. Anagrama, 1990. Impreso.
- Pollack, Sarah. “Latin America Translated (Again): Roberto Bolaño’s The Savage Detectives in the United States.” Summer 2009. *Comparative Literature - Duke University Press*. 10 de noviembre de 2011 <<http://complit.dukejournals.org/content/61/3/346.full.pdf+html>>.
- Rodríguez, Jaime E. y Kathryn Vincent. *Common border, uncommon paths: race, culture, and traditional identity in U.S.-Mexican relations*. Wilmington, DC.: University of California-Intitute for Mexico and The United States, 1997. Impreso.
- Mignolo, Walter D. “Posoccidentalismo: El argumento desde América Latina.” Castro-Gómez, Santiago and Eduardo Mendieta. *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, postcolonialidad y globalización en debate*. México D.F.: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa (1998): 31-58. Impreso.
- O’Gorman, Edmundo. *La idea del descubrimiento de América*. México D.F.: Dirección General de Publicaciones: Universidad Nacional Autónoma de México, 1976. Impreso.